



AL PRINCIPIO FUE EL FIN

Adriana Georgescu

Traducción y notas de Joaquín Garrigós

Prólogo de Monica Lovinescu





PRIMERA PARTE

AL PRINCIPIO FUE EL FIN

I

En julio de 1943, un pequeño incidente aparentemente sin importancia, decidió entonces toda mi vida.

Tenía ya ventitrés años y, hasta aquel momento, mi vida había seguido tranquilamente su curso, justo en la misma dirección que yo había querido darle, la que creía que le podía dar.

Quería ser abogada y acababa de obtener la licenciatura.

Quería hacer deporte y había participado ya en muchos campeonatos nacionales de balonvolea y ping pong.

Quería ser periodista y, desde hacía un año, me encargaba de la crítica cinematográfica en el periódico *Universul literar*.

También era enfermera en un hospital militar.

Así pues, todo empezó en julio de 1943, el mismísimo día del examen de licenciatura.

Seguramente fue un viernes...

*

Acabo de enterarme del resultado del examen. Mis compañeros quieren celebrarlo invitándome a cenar fuera. Rehúso la invitación. Tengo guardia en el hospital. Me separo de ellos y bajo las escaleras. Un compañero me alcanza.

—Adriana, haz el favor de dejarme la credencial.

Se la doy. Raramente la llevo encima. Mis compañeros de facultad son mucho más aficionados al cine que yo. Solo voy una vez por semana para poder escribir mi crónica. Cuando se trabaja en un hospital, se ven demasiados muertos y demasiados heridos y las películas que están dando en Bucarest son casi todas alemanas...

*





Turno de noche en el hospital. Guardia en la sala de moribundos. En todas las camas, los mismos ojos cerrados, la misma respiración jadeante, los mismos labios agrietados que solo se abren para pedir agua, siempre agua.

A la una, otra enfermera viene a sustituirme. He de irme al quirófano.

Tres operaciones. El sordo bramido de los aviones que atraviesan el cielo por encima de este hospital ahogado en olor a cloroformo, el chasquido metálico de los resplandecientes instrumentos que los ayudantes pasan al cirujano jefe y el rumor contenido y jadeante de la respiración reinan en una noche que transcurre de forma imperceptible.

*

A las seis de la mañana acompañamos al cirujano jefe hasta el coche que está aguardándolo en la entrada. El aire fresco de la pálida madrugada me produce escozor en los ojos.

En la sala de guardia, mientras un médico me ayuda a quitarme la bata, irrumpe Gheorghe, un compañero de la redacción:

—Tengo que hablar contigo inmediatamente.

¿A estas horas? ¿Qué habrá pasado para que venga al hospital a semejante hora?

—Puedes hablar delante del doctor; es un amigo de la infancia.

—Coge el bolso y vente inmediatamente. Tengo que hablar personalmente contigo. Es un secreto.

Tomo mi bolso y lo sigo. Antes de salir le digo al doctor:

—Vuelvo enseguida.

—Ah, no vas a volver más —me dice Gheorghe tras cerrar la puerta—. Están buscándote. La Siguranța⁹. No sé de qué te extrañas. Los de la censura te han advertido muchas veces. Deberías habértelo tomado con calma. ¿Qué necesidad tenías de criticar tanto las películas alemanas? La censura

⁹ Denominación que recibían los servicios secretos de seguridad del Estado durante la época anterior al comunismo.





solo ha dejado pasar siete líneas de tu último artículo. ¡Óyelo bien! ¡Siete líneas!

—Escribí lo que pensaba.

—Resultado: la policía fue a buscarte a la redacción y luego a tu casa. Ahora mismo están esperándote los agentes en los dos sitios.

Parece asustado de verdad. Siento como si me cortaran las piernas.

—Voy a despedirme del doctor y de la enfermera.

—¿Estás loca? Van a venir a buscarte aquí. Abajo nos espera un coche. Tienes que irte inmediatamente. Siempre dije que eras una inconsciente.

Me encojo de hombros.

—¿Adónde me quieres llevar?

—Nosotros te esconderemos, pero ahora no es momento de discutir. Marchémonos antes de que a la policía le dé tiempo a venir también aquí.

Me coge de la mano y me lleva tras él. Le digo:

—¿Tan grave te parece que es?

Gheorghe se para y me replica en tono furioso:

—Escúchame. Tienes que decidirte. ¿Quieres desaparecer o prefieres hacerles una pequeña visita a los de la Gestapo?

La mención de la Gestapo me produce escalofríos. Me voy corriendo detrás de Gheorghe y dejo de discutir. Corremos a gran velocidad por la ciudad. La aurora tiene un tono gris.





II

No comprendo lo que ocurre.

Ahora soy morena, tengo papeles falsos y estoy viviendo en Câmpulung.

Gheorghe no había mentido. Antes de llegar a Câmpulung estuve a punto de desvanecerme de miedo. Yo, que tenía horror a las novelas policiacas...

Vivo en una casa de una ciudad que no conocía. Una agradable y pacífica ciudad de provincias. Una casa donde me sentía como gallo en corral ajeno. Por lo menos, al principio. Ahora ya me he acostumbrado. Comparto la habitación con una joven de mi edad, una judía llamada Coca: ella también se esconde. En otra habitación, cuatro muchachos. En el comedor, los dueños de la casa, Sandu y Iana. Sandu forma parte de una red de resistencia y es el que nos organiza el trabajo. A partir de las ocho de la tarde, la casa se sumerge en el silencio. Oímos las emisiones de la BBC y de La Voz de América. Iana toma en taquigrafía los partes aliados. Acto seguido, los pasamos a multcopista.

El frente se va acercando cada día más. Por Câmpulung pasan en desbandada soldados nazis. Los cuatro muchachos reparten por la noche las octavillas que confeccionamos durante el día.

Es una vida extraña. Nunca había imaginado así la resistencia, la vida de los perseguidos.

Uno de los chicos, Tudor, tiene coche. A la semana de mi llegada, Coca se sienta en el coche siempre junto a él. Todo el mundo está contento. A duras penas consigo yo mantenerme en esa onda. Iana me reprende por tomarme demasiado en serio que me busque la policía. Quizá tenga razón.

Pero, aunque no se me note mucho, tengo miedo. No me he acostumbrado a la joven morena que veo en el espejo y que se parece a mí. A los papeles falsos y, menos todavía, al nombre de Johanna Miller. Cien veces al día repito ese





nombre que tendría que ser el mío y trato así de domarlo, de acercarme a él. Pienso muy a menudo en el hospital que, de forma tan estúpida, tuve que abandonar. ¿Lo habrán bombardeado?

Desde hace varios meses, la aviación anglo-norteamericana bombardea casi todos los días Bucarest.

No me permiten mandar cartas.

*

Mis compañeros de reclusión opinan que he tenido una actitud admirable al atacar a los nazis. Les repito hasta la saciedad que no había nada de admirable en eso. Me parecía que las películas nazis, con sus lemas, consignas y su ferocidad racial eran odiosas y lo dije. Eso es todo.

Sandu y los muchachos me consideran un elemento político valioso «para el mañana». Sé que se engañan, pero en vano trato de convencerlos. Nunca me he metido en política. Solo sé que la guerra me horroriza, esta pesadilla en la que nos debatimos todos.

*

Cumplo venticuatro años el 23 de julio de 1944. Es la primera vez que nadie me felicita en mi aniversario. Un día como los demás, como todos los otros desde hace un año en que estoy viviendo en esta casa. La misma actividad febril y algo desordenada. Los muchachos han encontrado un camión alemán abandonado y lleno de papel en blanco. Imprimimos el doble de octavillas que antes. Esta noche aviones americanos han sobrevolado Câmpulung de paso para Bucarest. Es el único acontecimiento digno de mención en el día de hoy.

*

Los días son iguales. Todos iguales. La ciudad está animada y activa. El frente se está acercando a nuestras fronteras. Me embarga una especie de paz intranquila, como una superficie de agua agitada por el viento. Agobiada por el cansancio de la espera, no consigo aclararme.

*





Ya no damos nuestros paseos nocturnos en coche. A causa del camuflaje, tenemos que apagar todas las luces a las diez de la noche. Nos acostamos pronto para levantarnos a las cuatro de la mañana a fin de oír el parte. Todos los despertadores de la casa comienzan a sonar como locos a las cuatro menos cuarto. Siempre me levanto muy azorada.

*

La noche del 23 de agosto de 1944, acababa de quedarme dormida cuando unos fuertes golpes en la puerta me hicieron saltar de la cama. Aparece Sandu en pijama gritando:

—¡El armisticio, chicas, el armisticio! ¡Vamos corriendo a la radio! ¡Va a hablar el rey!

Sandu se pone a dar tumbos como una pelota, todo el patio está iluminado. ¿Es que ya no hay camuflaje? Parece que no estoy soñando porque Sandu está todo el rato venga a dar saltos y gritos sin parar. A cada salto, le da a la lámpara que cuelga del techo y que se balancea impetuosa.

Vamos corriendo y nos ponemos a la escucha con las manos cogidas, en silencio, impresionados. Tan solo Sandu vocifera:

—¡Fantástico! Los ingleses y los norteamericanos han pasado a ser nuestros aliados. Lucharemos contra los alemanes, al lado de los rusos. Ya lo veréis, seremos libres.

Nos abrazamos. A todos nos embarga la misma alegría indescriptible. Cantamos a pleno pulmón todos los himnos: la *Marsellesa*, el *Dios salve al rey* y el himno norteamericano. Nos gustaría ser unos perfectos demócratas, pero ninguno de nosotros se sabe *La internacional*.

*

Cuando al día siguiente entro en la habitación donde estuvimos bailando y cantando toda la noche, me parece extrañamente triste.

Vasos vacíos y botellas por el suelo. La luz se filtra en forma de múltiples rayos de polvo tamizados por las gruesas cortinas. Las colillas despiden un olor ácido, fétido.





Abro de par en par todas las ventanas y busco en la radio una música cualquiera. Lo mismo da, con tal de que suene algo que rompa este extraño y siniestro hechizo.

Salgo al patio y pido a Coca y a los demás que me ayuden a hacer la limpieza. La primera a la que veo aparecer es a Iana, en camisón, que balbucea entre sollozos.

—Han liberado París.

Iana pasó allí toda su juventud. Yo nunca he estado en París, pero se me hace un nudo en la garganta y la tristeza de antes da paso a una alegría inmensa.

Dejo a Iana aturdida de felicidad repitiendo sin cesar «Han liberado París» y corro a buscar a los demás. Encuentro a Coca en la puerta discutiendo con Tudor, que acaba de llegar. Los dos están excitados. Les grito de lejos:

—¡Han liberado París!

—Ya lo sé —dice Tudor—, pero ya tendremos tiempo de alegrarnos. De momento, intenta tú espabilar a la tonta esta que no quiere entender.

—¿Por qué tengo que espabilarla?

—Porque tenéis que iros al campo.

—¿Es que queréis casaros en el campo, en un marco idílico?

—No seas tonta. Vienen los rusos.

—Vaya una novedad. Eso ya lo sabíamos nosotras también, figúrate. Los rusos son nuestros aliados. La guerra ha terminado. Y se ha firmado el armisticio. Ya no hay más camuflaje ni bombardeos. Lee el comunicado completo. Ya ves que también nosotras estamos al corriente.

—¡Otra idiota! ¡Métete en la cabeza, mujer, que las cosas no son tan sencillas como nos creímos! Espero que la alegría no haya sido en balde, pero, de momento, todo el mundo se va al campo. Los rusos van a pasar por Câmpulung. Vestíos deprisa y dejad de preguntarme. Tenemos que irnos. He recibido órdenes de llevaros a todos. Órdenes. ¿Lo entiendes?

Me quedo mirándolo con más atención. Se había ido muy contento de madrugada y ahora tiene otra mirada. ¿Órdenes? ¿Partir otra vez? No entiendo lo que pasa.





Sin embargo, en mí perdura una especie de luz. No puedo analizar nada. Pese a todo, tengo la sensación de que van a venir días y noches que traerán consigo vientos de locura.

*

Media hora más tarde, subimos con los equipajes al coche de Tudor. No sabemos en qué dirección iremos; no sabemos para cuánto tiempo nos vamos, ni siquiera sabemos si tenemos que reír por esta nueva y absurda aventura.

*

Iana, Coca y yo ocupamos una habitación tranquila en una casa campesina. La otra habitación de la casa la ocupa una vieja. Su único hijo se encuentra «por algún sitio del frente». Es un amigo de la infancia de Sandu.

Todavía no entiendo lo que se nos ha perdido aquí, aunque hace tres días que llegamos. Casi no hablamos entre nosotras y miramos por la ventana un paisaje que ya nos sabemos de memoria.

Los muchachos van y vienen de Câmpulung a este rincón perdido del campo. Por otro lado, cuando están aquí casi no nos vemos. La casa no tiene instalación eléctrica para la radio, pero ellos se van a oír los partes al ayuntamiento y cuando vuelven nos cuentan las novedades.

*

Ya son cuatro noches las que llevamos aquí. Después de todo lo que ha pasado, cada noche viene acompañada por una atmósfera más bien patética, a causa de la oscuridad y de nuestra desbocada imaginación.

Un ruido sordo, después una luz en la puerta del fondo del patio. Nos levantamos. Le aprieto la mano a Iana. ¿Los rusos? Silencio. Voces, mejor dicho, una sola voz muy baja: la de Sandu. Descompuesto, en la penumbra, parece casi irreal. Viene de Câmpulung y nos comunica la noticia muy por lo bajo, como si temiera que nos oyeran.

Los alemanes están bombardeando Bucarest desde hace cuatro días. Durante un día entero fueron dueños del aeropuerto de Băneasa; ahora ocupan el de Buzău y así pueden,





por turno, bombardear Bucarest las veinticuatro horas seguidas. Han alcanzado el Palacio Real, la Universidad, la Estación del Norte y los barrios aledaños a Cișmigiu¹⁰; han destruido el Teatro Nacional. ¡Más daños que en cinco meses de bombardeos norteamericanos! Los nuestros están luchando contra ellos en los alrededores de Bucarest, que está cercado.

De improviso, siento que me asaltan un sinfín de visiones: Cișmigiu, mi calle, mis calles; y el polvo a que se ha reducido todo lo que fue. Iana prorrumpe en sollozos.

Y, de golpe y porrazo, ya no pertenecemos a esta habitación en la que nos encontramos; todos nos vamos, con la imaginación, por supuesto. Para la otra marcha, la real, tenemos que esperar a que antes pasen los rusos.

*

Los rumores que circulan de una aldea a otra son más veloces que los rusos y de ese modo nos enteramos de que una especie de invasión de salvajes que no tiene nada que ver, ni remotamente, con el ejército aliado y amigo que nos prometían los comunicados de la radio.

Hablan de violaciones y saqueos en serie. Tal vez no se trate más que de rumores.

Más convencidos que nosotras, los muchachos han sacado el motor del automóvil; han roto y averiado varias piezas y lo han metido en el establo entre dos cerdos y una vaca. Tronamos contra ellos. Pensamos que habría sido mejor coger el coche y marcharnos a Bucarest. Se echaron a reír. Nos contaron otro rumor que circula, según el cual los rusos se dedican a «violar» tres clases de «objetos»: relojes, mujeres y coches.

*

Aquella mañana, Iana fue la primera en despertarse. Nos gritó que mirásemos por la ventana.

Muchos hombres, casi acostados, aplanados sobre caballos muy pequeños y picando espuelas. Bajo la panza de los

¹⁰ Popular parque de Bucarest.





caballos, de unas improvisadas gruperas colgaban los objetos más dispares: trozos de alfombra, cintas, vestidos y botellas. Algunos azotan chillando a los caballos.

Casi nos divierte el espectáculo que se parece como dos gotas de agua a las litografías de nuestros libros de historia del bachillerato: las hordas de Atila camino de Europa.

De repente, la voz de la vieja nos saca de esta inconsciente contemplación. Incluso parece asustada.

—¿Dónde están los chicos?

—En Câmpulung.

Su intervención nos recuerda que estamos en camisón.

—Vestíos inmediatamente. Esto parece la invasión de los bárbaros. Voy a esconderos.

Tres minutos más tarde estamos listas. Salimos al patio y nos dirigimos a una hoya de hielo, detrás de la casa, junto al establo. Tras meternos dentro y cerrar la trampilla, la vieja se apoya un momento en ella y dice con voz queda:

—Habéis entrado a tiempo, gracias a Dios. El portón cruje. No son conocidos nuestros, porque el perro está ladrando.

Nos sentamos en las barras de hielo y nos tapamos las unas a las otras con paja. No podemos hablar. Estamos tan heladas por dentro que ni siquiera sentimos la temperatura de estos asientos de hielo.

Los pasos del patio se acercan. Nos cogemos instintivamente de las manos y formamos una cadena. Cada mano aprieta de manera frenética la otra. Cuando los pasos se alejan, se deshace el apretón.

Oímos la primera palabra rusa. *Davai*. ¿Qué querrá decir?

Más pasos. La vieja finge que está apaciguando al perro y aprovecha para hablar fuerte y que la oigamos:

—No habléis. Han roto los espejos de las habitaciones. Andan buscando mujeres. Están borrachos. Estad tranquilas.

El perro ladra como enloquecido. Un disparo de pistola. ¿Habrán matado al perro?

